



¿Se ha encontrado ya el Gen del Amor?

Luis Santiago Lario Herrero y **Santiago Lario Ladrón**

Introducción

Durante siglos la sociedad y muy especialmente la ciencia, ha tendido a ignorar esos llamativos cuadros emocionales que hoy en día conocemos con el nombre de enamoramientos. Es verdad que ya algunos de los autores grecorromanos (Lucrecio, *De rerum natura*; Plutarco, *Sobre el amor*; Ovidio; *El remedio del amor*) se hicieron eco de su existencia, pero se limitaron a ponernos en guardia contra esos episodios por su tremenda potencialidad para perturbar la conducta ordinaria. Un efecto, tan fatal como el de una enfermedad, contra el que era muy difícil luchar y que, como se hacía en aquellos tiempos con todos los fenómenos inexplicables, atribuyeron a una especie de enfermedad o influencia divina que les ganó el significativo apelativo de “locura de los dioses”.

Hasta la literatura se mantuvo en sus inicios un tanto al margen de esos lances y, aunque alguna tragedia se atreviera a registrar su presencia, en su mayor parte pasaba sobre ellos como sobre ascuas. Fue la poesía, ese arte maravilloso que nos ayuda a liberar el exceso de emoción en forma de palabras, la que encontró en ellos un vivero inagotable de inspiración. Y así, durante siglos, el enamoramiento fue sólo cosa de poetas: o bien los poetas eran más sensibles a su influencia o bien es que ese estado era capaz de convertir al hombre más ordinario, insulso y vulgar, en uno de ellos.

Poco a poco la cosa empezó a cambiar y esos avatares sentimentales empezaron a ganar protagonismo y a sustentar, en buena parte, el entramado de buena parte de las obras de ficción y así, mientras los estudiosos les seguían dando la espalda, las aventuras y desventuras amorosas ganaban terreno en las preferencias de espectadores y lectores hasta el punto de que, en la actualidad, es casi inimaginable una obra sin sus consabidos lances de enamoramiento y sexo, pasión y desamor, amores rebosantes de gozo o de dolor. Tanto es así que son muchos los autores que han querido explicar, no sólo el auge que esos episodios pueden tener hoy en día, sino incluso su propia génesis, en el efecto sugestivo que esa misma profusión literaria haya podido tener sobre los lectores.

Primeras explicaciones

Uno de los primeros filósofos en intentar desgarrar el aura misteriosa que desde siempre había rodeado a los enamoramientos fue Schopenhauer (1788-1860), quien propuso que en su aparición pudiese tener algo que ver nuestra propia condición biológica y se esforzó en destacar la diferencia entre esas pasiones exclusivas, personalizadas, violentas y casi irresistibles y aquellos otros impulsos más vulgares, promiscuos y generalizados del sexo: “*el puro instinto sexual es un instinto vulgar, porque no se dirige a un individuo único, sino a todos, y sólo trata de conservar la especie por el número nada más y sin preocuparse por la calidad. Cuando el amor aficiona a un ser único, logra entonces tal intensidad, tal grado de pasión, que si no*

puede ser satisfecho, pierden su valor todos los bienes del mundo y la propia vida. Es una pasión de una violencia sin igual, que no retrocede ante ningún sacrificio y puede conducir a la locura o al suicidio. (Schopenhauer, *El amor, las mujeres y la muerte*, Madrid, Edaf, 1993, p. 68). Y, tal vez debido a la importancia que daba a lo que él denominaba *voluntad*, que en resumidas cuentas no sería otra cosa que ese conjunto de impulsos instintivos e innatos que forma parte de nuestra naturaleza más íntima, los achacó a la acción específica de uno de ellos: “Las consideraciones predominantes en el amor no tienen nada de intelectual y se refieren al instinto [...] Hay un instinto muy determinado, muy manifiesto, y sobre todo muy complejo, que nos guía en la elección tan fina, tan seria, tan particular de la persona a quien se ama” (Ibid, p. 52). Una tesis que no sólo fue ignorada por completo por sus coetáneos sino que, durante más de un siglo, no encontró el más mínimo respaldo.

Freud (1856-1939), médico y neuropatólogo austriaco, también se interesó por el tema. Como había hecho antes Schopenhauer, reconoció que esas emociones nacían fuera de la esfera consciente en que la inteligencia y la voluntad tienen la última palabra y buscó su origen en ese mundo inconsciente cuya importancia fue uno de los primeros en destacar: un enigmático universo que imaginó rebosante de libido, sexo, impulsos reprimidos, deseos frustrados y recuerdos olvidados que, de alguna forma, influirían sin que nosotros lo percibiésemos en nuestros pensamientos y decisiones. Pero en lugar de imputarlos a la acción de un impulso instintivo diferente del sexual los hizo subsidiarios (un tanto secundarios) de ese mismo instinto, e intentó hallar su génesis en la fusión de un primer impulso amoroso infantil hacia el progenitor de distinto sexo - que nacería en la primera infancia y permanecería en el inconsciente reprimido, sublimado e idealizado-, con alguna de esas otras atracciones que normalmente van a surgir al tener lugar la eclosión de la sexualidad normal. Una visión que, más o menos retocada por diferentes autores, formó parte de la mayoría de las posiciones mantenidas durante mucho tiempo frente a este tema y que en esencia trataba de explicar la existencia y aparición del enamoramiento en virtud de un instinto sexual revestido, retocado y modelado por distintas influencias (el primer amor infantil, el ejemplo del amor materno, la fuerza sugestiva de las obras de ficción y del entorno cultural, el efecto acumulativo provocado por la represión sexual, etc.).

Estudios sociológicos y psicológicos

A partir de finales del siglo XIX y un tanto a remolque del auge y la consideración que los enamoramientos empiezan a tener en un cada vez más amplio sector de la sociedad, se empieza a vislumbrar un marcado incremento en el interés de psicólogos, sociólogos y antropólogos por estos temas. Las primeras publicaciones son estudios comparativos de las relaciones de pareja en las distintas sociedades y sobre la presencia, o no en ellas, de esa faceta más llamativa y emocional bautizada como “amor romántico” (Finck, H- T. *Primitive Love and Love Stories*, 1899, en internet). Rougemont da a conocer en 1939 su célebre tesis sobre el origen y el auge de ese “amor romántico” en el mundo occidental (Rougemont, D. *El Amor y Occidente*, Barcelona, Cairós, 1999). Los investigadores empiezan a encontrar cada vez más interesantes estos temas y empiezan a menudear los trabajos que versan sobre el amor (se nos perdonará que tan sólo recojamos unos cuantos en aras a una mayor brevedad). Así Hobart da a la luz el resultado de un sondeo (formado por una docena de preguntas presentadas a un total de 923 hombres y mujeres), que tenía como objeto medir el grado del romanticismo en las relaciones de pareja (Hobart, C. W. The incidente of romanticism during courtship. *Social Forces* 36, 1958: 362-367). Kerphart (Kerphart, W. M. Some correlates of romantic love, *Journal of Marriage and de Family*

29, 1967: 470- 474) da a conocer las respuestas obtenidas en una encuesta sobre la vida afectiva de más de un millar de jóvenes de edades comprendidas entre los 18 y los 24 años, según las cuales la mayoría creía haber estado enamorada cuando menos una vez (el promedio de enamoramientos confesados oscilaba entre un 1,2 en los varones y un 1,3 en las mujeres). Rubin propone una escala para medir el nivel de romanticismo en las relaciones amorosas y distinguir si realmente “amamos” a una persona o tan sólo nos “gusta” (Rubin, Z. Measurement of romantic love, *Journal of personality and Social Psychology* 16, 1970: 265-273). Lee trata de clasificar las relaciones amorosas en seis grupos distintos -eróticas, compañeras, lúdicas, pragmáticas, altruistas (ágape) y maníacas (obsesivos)-, aunque reconoce que en algún caso es difícil incluir alguna de ellas en una de esas casillas por presentar atributos y rasgos mezclados de más de una (Lee, J. A. The styles of living. *Psychology Today*, October 1974: 43-51). Y finalmente Sternberg lanza su teoría triangular del amor (Sternberg, R. J. *El triángulo del amor: intimidad, pasión y compromiso*, México, 1988, Paidós), según la cual nuestras relaciones afectivas se podrían considerar como un cóctel en proporciones variables de tres ingredientes: pasión (enamoramiento), intimidad (afecto, cariño) y compromiso (voluntad de hacer todo lo posible por mantener la pareja unida). Una mezcla en el que las proporciones de esos tres componentes van a ir evolucionando a lo largo del tiempo en lo que, por lo general, supone una minoración del factor pasional y, en los casos favorables, un incremento de los otros dos. Una teoría que, a salvo de los ligeros retoques a los que se han sentido tentados algunos autores, ha gozado hasta la fecha de un beneplácito casi general.

Biología

A la par que se iban ido multiplicando los estudios de psicólogos y sociólogos sobre estos temas ha ido aumentando la valoración del “amor romántico” como medio de llegar al matrimonio en nuestras sociedades occidentales. Un fenómeno que, para bien o para mal, se ha dado casi a espaldas de las recomendaciones de la psicología, de la filosofía y de la sociología y que ha sido recogido por distintos autores en sus trabajos [Averill, J.R. y Boothroyd, P. (1977) On falling in love in conformance with the romantic ideal, *Motivation and Emotion*, 1,3, pp 235-247], [Simpson J, Campbell, B and Berscheid, E. (1986). The Assotiation between Romantic Love and Marriage, *Personality and Social Psychology*, 12, 3, 363- 372].

Acaso haya sido ese triunfo casi apoteósico de la afición por vivir en pareja y por el amor romántico, precisamente cuando la explosión de libertad sexual que ha tenido lugar en los últimos tiempos más parecía ponerlas en peligro, lo que ha dado pie a la sospecha (por lo menos así ha sido en nuestro caso) de que un fenómeno de tal magnitud no podía ser tan sólo expresión de una circunstancia secundaria o accesorio, sino manifestación de nuestra íntima y auténtica manera de ser. Y en ese caso, aquel anhelo por amar y vivir en pareja, no sólo no sería una moda más o menos pasajera o un simple revestimiento superficial de nuestra naturaleza más profunda, sino que por el contrario formaría parte del cogollo de esa misma naturaleza. Es decir la gente se desviviría por amar y vivir en pareja porque esa manera de sentir y actuar estaría así programada en su patrimonio genético.

Por eso no es de extrañar que a partir del último tercio del siglo pasado, se empiecen a encontrar párrafos de ciertos autores que parecen expresar su opinión de que en el fondo de nuestros sentimientos amorosos pudieran latir impulsos biológicos y, por tanto innatos, enraizados en nuestra naturaleza. Así R. Alexander, que en la pugna entre la importancia de la biología o la cultura para explicar el comportamiento

humano se declara en general como un abierto partidario de esta última, deja aquí entreabierta alguna duda cuando manifiesta: *“hay muchos indicios en la música, el arte y la literatura de que pocos acontecimientos son más dramáticos para la sociabilidad humana que el enamoramiento [...] Veo en la naturaleza dramática de la elección de pareja un testimonio de la existencia y la importancia de los efectos génicos que, según he postulado, sirven de base al aprendizaje social.”* Y más adelante añade: *“Hablar de “enamoramiento” como si se diera en todas las personas y en todas partes se considera a veces etnocéntrico. Algunos antropólogos han afirmado que la gente no se enamora en las sociedades donde los matrimonios se pactan. Desconfío de esta afirmación, aunque no dudo que en esas sociedades el enamoramiento es objeto de desaprobación y, por consiguiente, se oculta”* (y a continuación trae a colación algunos testimonios de distintos autores -J. Money, L. Posposil y W. Irions- que parecerían confirmar esa tesis). Eibl-Eibesfeldt escribe: *“Enamorarse es anudar un lazo exclusivo con una persona. Y esto es una necesidad que forma parte de nuestra naturaleza. En este sentido puede decirse que estamos dispuestos de forma innata para asociaciones duraderas de tipo matrimonial”* (I. Eibl- Eibesfeldt, *Amor y odio*, Barcelona, Salvat, 1994, p. 159). Ackerman defiende sin titubeos la naturaleza biológica del amor y su aparición por selección evolutiva: *“Seleccionando la aptitud para amar como una parte crucial de nuestra biología, la evolución nos hizo como somos. Contrariamente a lo que filósofos, moralistas, teóricos, leguleyos y consejeros han defendido, el amor no es una elección. Es un imperativo biológico”*. (D. Ackerman, *A natural history of love*, New York, Vintage Books, 1995, p.150). Peter van Sommers declara: *“Así como percibo que puede haber alguna base biológica en los celos, sospecho que ciertos aspectos centrales del amor, en el sentido de atracción y apego, son parte de nuestra herencia emotiva y motivacional* (P. van Sommers, *Los celos*, Barcelona, Altaya, 1995). Fisher expone: *el enamoramiento y el apego tienen componentes fisiológicos y dichas emociones son comunes a toda la humanidad [...] si el amor es común a todas las personas en todas partes y está asociado a pequeñas moléculas que residen en las terminaciones nerviosas de los centros emotivos del cerebro, entonces el amor es algo primitivo. Sospecho que los sistemas químicos que promueven el enamoramiento y el apego (y quizá la indiferencia) ya habían aparecido en la época en que Lucy y sus camaradas caminaban a través de las praderas del África Oriental, unos tres millones y medio de años atrás. Aquellos que sucumbían a la pasión del enamoramiento formaban parejas...”* (H. Fisher, *Anatomía del amor*, Barcelona, Anagrama, 1994, p. 157). Y nosotros mismos somos coautores de un libro (y en este mismo portal hay colgado un par de artículos -*Homo sapiens. ¿una especie monógama?; La antropología de “Deus caritas est”* - que resumen las hipótesis allí expuestas) en el que dábamos un paso más y planteábamos como hipótesis la posible existencia de un gen responsable de los enamoramientos: *“(nuestra) monogamia, su condición instintiva en las demás especies, la irracionalidad y violencia del enamoramiento, la multitud de casos de personas incrédulas al amor que caen enamoradas, todo hace barruntar si no habrá algo más: que sea tan sencillo como la existencia de unos determinados genes en el patrimonio genético. Y el comportamiento de la humanidad sea, en gran parte, simple expresión de esa dotación génica. Y al añadir “en gran parte” nos referimos a la indudable importancia del cerebro y de la cultura. Para empezar, al discutir la presencia del amor innato, confiamos en que se le trate como a los demás instintos. Todos los pensadores han hecho pública gala de que somos los únicos que pueden burlar dictados hasta nosotros determinantes. No se vaya pues a exigir aquí la respuesta unívoca que no se ha pedido hasta ahora en ningún otro caso. Nuestros impulsos empujan, pero no obligan a su fatal cumplimiento.”* (Luis S. Lario, M. Lario y S. Lario, *El gen del amor*, Barcelona, Ediciones del Bronce, 1996, p. 99). Aunque es muy posible que la acción de ese gen, esencial en la fase inicial de pasión o enamoramiento, vaya dejando paso en el transcurso de la relación a esos otros

factores de intimidad y compromiso (de los que habla Sternberg), tal vez ajenos a la presencia de ese gen y que van a ser decisivos para que la buena marcha de la relación continúe.

Últimos datos de la ciencia

En los últimos años se han ido conociendo los resultados de ciertas investigaciones científicas que reforzarían la credibilidad de esta posibilidad. Como ya comentábamos en esos artículos mencionados, un trabajo realizado por un grupo de investigadores de Universidades de Emory, Florida y Boston [Miranda M Lim and al. *Enhanced Partner Preference in a Promiscuous Species by Manipulating the expresión of a Single Gene*, *Nature*, 429, (2004), pp. 754- 757] demostró la importancia que un solo gen [el ASVPR1A, encargado de codificar algunos de los receptores del AVP (arginina-vasopresina)] parecía desempeñar en la disposición hacia la monogamia de especies como la de los ratoncillos de la pradera, hasta el punto que bastaba su transferencia a las neuronas cerebrales de miembros de otras especies de ratones promiscuos (de los pantanos o de las montañas) para convertirlos en monógamos.

Y más recientemente un grupo de investigadores del Instituto Karolinska de Suecia tuvo la idea de estudiar los efectos de la actividad de ese mismo gen en la especie humana [Hasse Walum and al, *Genetic variation in the vasopressin receptor 1^a gene (AVPR1A) associates with pair-bonding behaviour in humans*, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 105 (37) 2008: pp. 14153-14156]. Valiéndose de la existencia en el grupo sobre el que trabajaban de distintas variantes de ese gen pudieron demostrar una evidente, aunque modestísima correlación, entre la presencia de algunas de esas variantes y ciertas diferencias en la aptitud para la vida en pareja de los hombres (en las mujeres esa relación parece no existir). Así, los portadores del alelo 334 (presente en el 40 % de los sujetos estudiados y que haría a ese gen, por así decir, ineficaz) eran ligeramente más remisos al matrimonio, más dados a romperlo, más propensos a la infidelidad y sus relaciones solían conllevar un menor grado de satisfacción de sus parejas. Unos resultados estadísticamente poco significativos, pero que se hacían más notorios en aquellos sujetos que llevaban dos copias de ese alelo (algo que en la muestra por ellos estudiada sólo ocurría en el 3'45 % de los casos), pues entonces los porcentajes de los que cohabitaban sin casarse o de los que habían presentado problemas matrimoniales durante el último año, llegaban a doblar el de los que no llevaban ninguna copia. Y a tenor de estos resultados surgen un par de preguntas:

a) ¿Podría ser este ASVPR1A el gen cuya posible existencia adelantábamos en nuestro libro?

b) Y si es así: ¿Todo lo que cabe esperar de la actividad de un gen, al que tal vez con excesivas pretensiones bautizamos tan pomposamente, son unos resultados tan parcos como los que se desprenden de este trabajo?

Expectativas

a) En cuanto a la primera pregunta hay que reconocer que el “determinismo génico” en el sentido de que nuestros genes puedan fijar por sí solos algún aspecto de nuestro comportamiento tiene hoy día pocos defensores: única postura además que nos hace responsables de nuestros actos. Aun en el supuesto de que en ciertas facetas de la vida podamos estar sujetos a ciertos impulsos biológicos, en ningún caso se puede pretender que esos estímulos puedan resultar en nosotros tan determinantes como puedan serlo en otras especies o incluso como pudieran haberlo sido en los antecesores de la nuestra hace millones de años. La presencia de nuestro desarrollo

cerebral, el aprendizaje social y la culturización habrían conseguido, si no volvernos inmunes a su presencia, sí cuando menos aminorar la importancia de sus efectos, hasta el punto de hacernos capaces de ignorar, y si queremos oponernos, a sus incitaciones. Así pues, aun cuando el gen ASVPR1A fuera aquel “gen” que hace millones de años pudo iniciar la monogamia en alguno de nuestros ancestros, no se puede soñar con que su actividad pudiera seguir siendo hoy en día tan decisiva como lo pudo ser entonces, y así cabría esperar que la diferencia que vamos a encontrar en los comportamientos de los portadores (es decir, de los que llevan un gen ASVPR1A que se expresa normalmente) y de los no portadores (aquellos en los que, debido a la presencia del alelo 334, ese gen se ha hecho inservible y ya no se expresa) no fuese excesivamente relevante. Y podríamos añadir varias razones que avalarían dicha perspectiva-

1). Buena parte de nuestros comportamientos (por supuesto también en lo que afecta a las pautas de convivencia de pareja) vienen dados y mediatizados por la influencia de un aprendizaje social y una impronta cultural que tiende a uniformizarlos.

2). En aquellas otras facetas de la vida sobre las que decidimos a nivel individual procuramos que sea el cerebro el que tenga la última palabra y así, portadores y no portadores, nos deberíamos conducir las más de las veces de forma parecida porque actuaríamos, no de acuerdo con lo que pudiesen ser unos distintos impulsos instintivos, sino con arreglo a unas normas comunes dictadas por la razón.

3). A falta de estudios complementarios no se puede rechazar la posibilidad de que puedan existir circunstancias que dificulten la expresión de ese gen en los portadores. Como ya señalábamos en esos artículos nuestros colgados en esta web, se han publicado casos (en alguna especie monógama) de desaparición de la tendencia al emparejamiento (y cambio hacia la promiscuidad) tras la desaparición repetida (por muerte) de sucesivas parejas (Alec Nisbett, *Lorenz*, Barcelona, Salvat, 1993, p. 45); y en nosotros, aunque por motivos menos luctuosos, esos cambios de pareja son hoy día muy frecuentes. Y hay estudios [Carter C. S and Getz L. L, “Monogamy and de prairie vole”, *Scientific American*, June, pp. 70-76 (1993); Winslow, J. T. and al. “A role for central vassopressin in pair bonding in monogamous prairie voles”, *Nature* 365, (1993): 545- 548] que avalan que para que la actividad de ese gen se dispare (y se creen lazos de pareja), se precisa una cierta continuidad en las relaciones entre dos de sus miembros. Y teniendo en cuenta el grado de promiscuidad presente hoy en día en buena parte de la juventud, no se puede desechar que ese mismo fenómeno no se pueda estar dando entre nosotros. Y quedaría la duda de si una posterior formación de pareja será capaz de hacer que ese gen recupere una actividad que hasta entonces le ha sido vedada o si (cuando menos en algún caso) podría haber quedado anulada para siempre. Con lo que el comportamiento de esos portadores habría pasado a ser similar al de aquellos que no llevan ese gen o, por mejor decir, lo llevan defectuoso.

Por todo lo dicho no creemos que los modestos resultados obtenidos en esta investigación, sean lo bastante para descartar que ese gen ASVPR1A pueda ser ese hipotético gen que empujó a alguna de las especies antecesoras de la nuestra hacia la monogamia, sobre todo teniendo en cuenta lo decisivo de su actividad en otras especies y su aparente persistencia en la nuestra, que se hace más notoria, como cabría esperar, al comparar el comportamiento de ese pequeño grupo portador de dos alelos 334 (que son los que lo harían inactivo) con el de los que no tienen ninguno. Así pues, y mientras no se demuestre lo contrario, para nosotros el gen ASVPR1A sería aquel gen del amor cuya existencia anticipábamos.

b) Y llegamos así a la segunda pregunta. Es muy probable que el efecto que ese gen ejerza se realice impulsando y canalizando una atracción especial hacia la persona con la que nos incita a formar pareja: una vivencia que aflorará a la

conciencia bajo la forma de un sentimiento, un afecto y un apego especial (muy similar a lo que entendemos como enamoramiento). Y se da el caso de que la mayoría de estudios realizados coincide en que el enamoramiento remite en un plazo máximo de tres o cuatro años y, pasado ese tiempo, ha aminorado a niveles ínfimos o incluso ha desaparecido por completo (lo cual nos debe inducir a pensar que también lo habrá hecho en la misma proporción la actividad del gen responsable caso de que lo hubiera). Y no podemos olvidar que este trabajo se ha llevado a cabo en parejas que ya llevaban cohabitando un mínimo de cinco años (a los que, desde el punto de vista que aquí mantenemos, habría que añadir el tiempo transcurrido desde que surgió la primera atracción hasta que se inició la vida en pareja) en las que, a tenor de la teoría de Sternberg con la que en su mayor parte coincidimos, el enamoramiento o pasión inicial, que sería el factor sobre el que preferentemente ejercería su acción ese gen, habrá dejado paso a esos otros factores de intimidad y compromiso, probablemente ajenos a su actividad y en los que, por lo tanto, no habría por que esperar grandes diferencias entre portadores y no portadores.

A nuestro entender los resultados habrían sido mucho más significativos si en lugar de poner la atención en las posibles diferencias de comportamiento tras cinco o más años de vida en común, se hubiesen puesto en la calidad de la vida conyugal en los primeros meses de convivencia y sobre todo en la índole y naturaleza de sus sentimientos amorosos en el inicio de la relación (su mayor o menor exclusividad, fuerza, urgencia y el grado en que eran vividos como algo ineludible, irremplazable e indispensable), cualidades que son las que deberían potenciarse con la actividad de ese gen. Es ahí donde cabría esperar encontrar las mayores diferencias, porque el sentir es libre y no está afectado por la actividad del cerebro. En efecto se siente lo que se siente, aunque luego el cerebro revista ese sentimiento con un ropaje ético, estético e incluso práctico que le ayude a encaminarlo y guiarlo en una determinada dirección. Y por eso es de esperar que los mayores contrastes entre ambos grupos se hubiesen reflejado de modo mucho más claro en los niveles del sentir que en los del hacer, porque allí no están aún actuando esos factores que van a tender a uniformizar el comportamiento, mientras que por el contrario este estudio ha puesto más el acento en las diferencias de comportamiento que en las del sentimiento.

Así a la espera de que otros trabajos confirmen o rebatan los resultados de éste, lo que no podemos hacer es ignorar su relevancia. Por primera vez en toda la historia de la humanidad una investigación ha tratado de establecer una posible relación entre la naturaleza de nuestro patrimonio genético y la calidad de nuestra vida en pareja. Y aunque los resultados hayan sido bastante pobres, tienen la suficiente consistencia para pensar que efectivamente el gen ASVPR1A pueda ser el gen que hace cientos de miles de años impulsó a algunos de nuestros ancestros hacia la monogamia y tal vez el gen responsable de esas misteriosas emociones que desde siempre nos han incordiado y perturbado con su presencia. Se abre así un nuevo camino que, teniendo en cuenta la importancia que los avatares de nuestra vida afectiva suelen tener para nosotros, es de esperar que vaya a ser en un futuro inmediato muy transitado por otros investigadores.